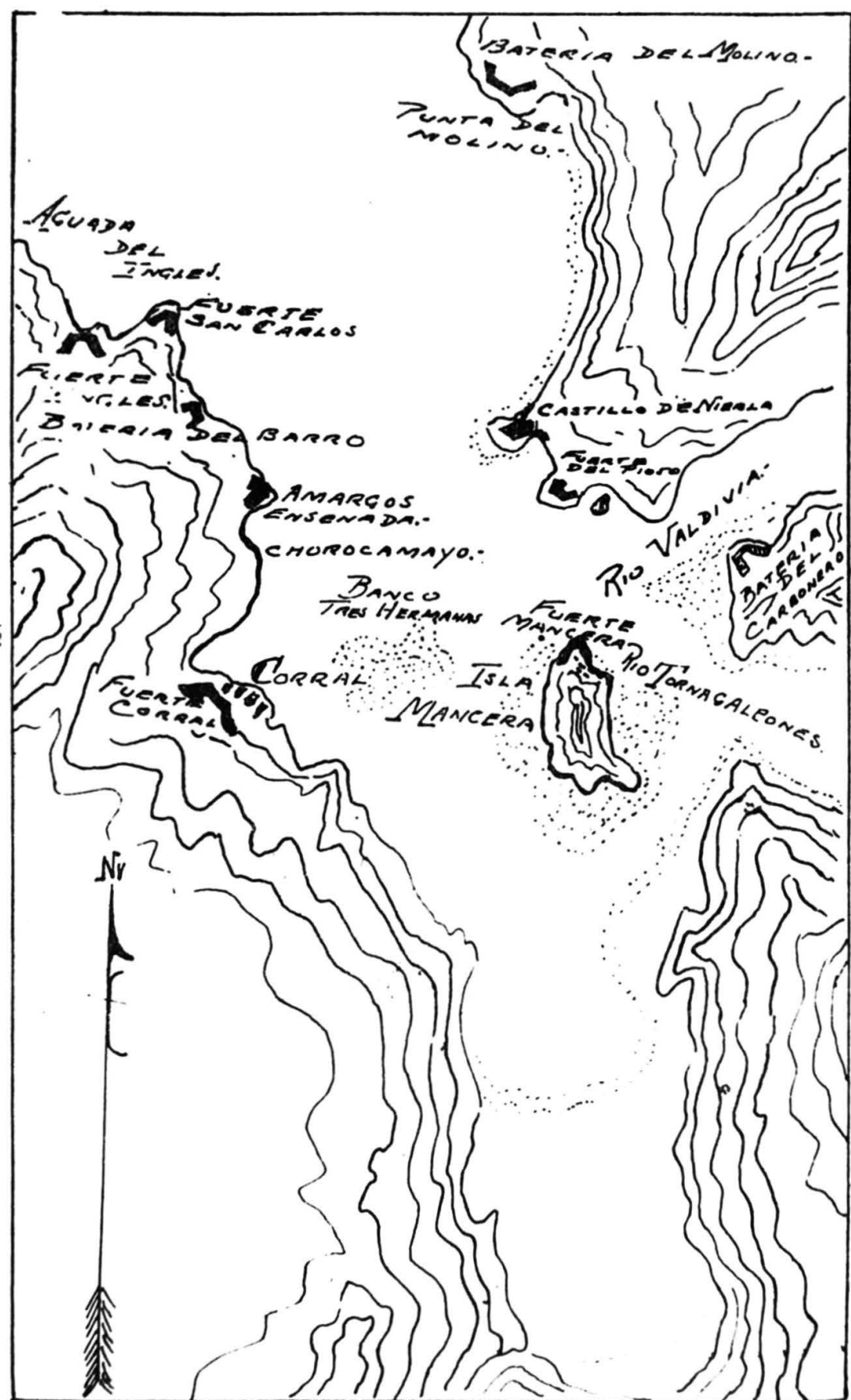




La Toma de Valdivia

por Lord Cochrane

Por

Lina SCHIAVETTI de Gómez

Para que se verifique un hecho trascendental, que incida en el devenir de las naciones, son necesarios tres factores: el lugar, la persona y el momento; la conjunción de estos elementos produce un acontecimiento histórico, cuyas influencias y repercusiones quedarán grabadas en el destino y memoria de los pueblos. Le dieron razón de ser y contribuyeron a su realización los personajes que desfilan a través de estas páginas. Ellos formaron el ambiente; sembraron y cultivaron esa simiente de libertad; fueron creadores de nuestra independencia y también artífices de la moderna Valdivia.

EL HOMBRE

Tomás Cochrane sirvió a la causa de Chile como el mejor de los chilenos, durante cuatro años y casi dos meses.

Le bastó este breve lapso para erradicar por completo el dominio español del Pacífico; para implantar en la Marina chilena una tradición que no se ha desmentido hasta el presente, y en especial, para llevar a cabo la Toma de

Valdivia, mediante un golpe audaz y certero, tan genialmente ejecutado, que su retumbante victoria aplastó al enemigo para siempre.

Este solo hecho, hubiera sido suficiente para granjearle la gratitud eterna del pueblo por el cual se batió.

Debido a eso, Chile lo adoptó como héroe propio, suyo y autóctono, sintiéndolo compatriota. Por su parte, también él experimentó las influencias telúricas de este suelo que amó, trasmitiéndolas a sus descendientes, quienes posteriormente vinieron a conocernos.

Al regresar de su segundo viaje al Perú, Lord Cochrane alcanzó hasta Guayaquil, en pos del buque "La Prueba" que se le escurrió, pues los españoles la ocultaron. En cambio tomó la "Begoña" con sus 16 cañones de bronce y otro barco, llamado "Aguila".

Envió la "Lautaro" a Chile con estas dos presas, como demostración de que entregaba al país cuanto le pertenecía; y se separó del resto de la Escuadra, dejando el "Galvarino" y el "Pueyrredón" en Ecuador y prosiguió solo, de regreso en la "O'Higgins".

Esta travesía duró un mes tres días, para evitar la corriente de Humbolt y aprovechando los vientos alisios.

El Almirante no estaba satisfecho.

En la suntuosa cámara de la "O'Higgins" —de anchas vigas y amplios ventanales— durante sus noches de insomnio, mientras oía la campana anunciando los cambios del cuarto de guardia, él estudiaba, cavilaba y consultaba las cartas de navegación, llenándolas con anotaciones y signos.

Ya cerca de Valparaíso, salió a respirar el aire límpido y vivificante del alba, paseándose abstraído, con sus largas y enérgicas zancadas, que hacían resonar la cubierta de teca.

Los marineros ocupados en sus faenas, con un redondo sombrero de paja y el corbatín negro —usado como luto por Nelson— pasaban y se cuadraban, pero sin atreverse a interrumpir su meditación.

Lo sorprendieron así los rayos del sol naciente, que tiñeron con suave resplandor dorado la cima de los mástiles; las henchidas velas semejabán alas de gavio-tas desplegadas, surcando el cielo diáfano, mientras la quilla del buque hendía las olas de tonalidad opalescente.

Contempló las ligeras brumas, que como tenues y vaporosos tules velaban la costa y miró en derredor. Lo embargó un sentimiento hecho de orgullo y ternura, para con su nueva patria. ¡Ya vería la ingrata Albión cuando era capaz de hacer por ella! pues Chile le pareció digno de cualquier holocausto.

La "O'Higgins" pasó a la cuadra de Valparaíso, pero no recaló en el puerto y enmendando rumbo, puso proa al Sur.

El Almirante no había pegado los ojos, pero ya tomada su resolución, se sentía fresco, vigoroso y pletórico de ilusiones.

El pueblo chileno anhelaba un imposible —lo necesitaba— y él estaba dispuesto a proporcionárselo.

Había concebido la empresa más arriesgada que ha presenciado el Mar del Sur: un asalto a los castillos de Valdivia.

Asestaría un impacto demoledor en el centro mismo del dominio hispano; sin arriesgar la Escuadra chilena y con

el menor número posible de contingente armado, compuesto por personal de su entera confianza.

Era una proeza digna de Lord Cochrane.

LOS MEDIOS

En la Enciclopedia Británica se lee: —"William Miller— Soldado". Es la definición exacta para este combatiente —el más herido en las guerras de Chile— que transmite la impresión de haber nacido armado y pronto para la lucha.

Era inglés y tomó parte con Wellington en las campañas de la Península Ibérica como artillero, desde 1811 hasta la paz de 1815.

Tuvo un papel prominente en la liberación de Sudamérica, pues apenas iniciada nuestra emancipación, se unió a la Artillería chilena y al servicio de esta arma, se batió en la jornada de Cancha Rayada, donde por su conspicua actuación adquirió renombre, atrayéndose la admiración general.

Con el grado de Mayor, mandaba el contingente de artillería en la "O'Higgins", a las órdenes de don Manuel Blanco Encalada.

Participó en la expedición al Perú con Lord Cochrane, y estaba recién restableciéndose de las balas recibidas en Pisco: una en el brazo, otra en el pecho y la tercera, que le dejó una mano inutilizada para siempre; amén de graves quemaduras, debidas a los deficientes brutos empleados.

Contaba entonces 25 años y al comunicarle el Almirante su intención para tomarse la ciudad de Valdivia, no pudo impedirse de exclamar:

—"Milord, ¡creo que os habéis vuelto loco!"

Aunque no por eso se mostró menos dispuesto a acompañarlo y secundarlo, con su eficiente colaboración.

—"Su valor como comandante, era mayor que nunca"— recalca el jefe.

En efecto, Valdivia era el depósito militar absoluto de la parte Sur del continente; el baluarte mejor fortificado, y la plaza fuerte de más difícil acceso en

territorio chileno. Significaba navegar de Corral a Valdivia, remontando el río bajo el fuego de quince fuertes atiborrados de artillería, que arrojarían nubes de metralla sobre el presunto invasor.

Con típica restricción británica, Su Señoría explica: —“La empresa era arriesgada; sin embargo no iba a hacer nada que fuese inconsiderado, estando resuelto a no emprender cosa alguna hasta haberme convencido completamente de su practicabilidad. La temeridad, bien que se me haya imputado muchas veces, no es un rasgo de mi carácter. Hay temeridad que no calcula las consecuencias; pero cuando este cálculo está bien cimentado, aquella desaparece”.

Lord Cochrane era un líder. Hacía caso omiso de la palabra imposible, y no se perdía en un páramo de estériles indecisiones; ordenó los asuntos según su importancia, tomando las debidas precauciones y obteniendo los informes más completos. Sabía exactamente cuál era su objetivo y cómo conseguirlo; consideró las posibles alternativas, pesando el pro y el contra de cada una, y adoptó el procedimiento que ofrecía las mayores probabilidades para alcanzar la meta deseada. El factor tiempo era esencial, y no arriesgó la empresa con improvisaciones de última hora.

Estas decisiones, consultadas en lo íntimo de su ser, tenían elasticidad y se iban plasmando según las emergencias del caso, sin ceñirse a un programa férreo, siendo así susceptibles de modificarse sobre la marcha. Y por último, ellas se apoyaban en su inquebrantable valor.

El 17 de enero de 1820 llegó la “O’Higgins” frente a Punta Galera, promontorio que cierra por el sur la bahía de Corral.

La bandera española ondeaba en los fuertes.

A la madrugada siguiente, el Almirante se introdujo sigilosamente al puerto en su chalupa y volvió a bordo al rayar el día, después de haber reconocido el fondeadero y constatado que no se hallaba ahí ningún buques español.

Para cerciorarse en esta forma, se necesitaba el temperamento intrépido y emprendedor de Lord Cochrane.

En la guerra todo está permitido: la destreza, la fuerza, el engaño y la estratagema. El 18 de enero, al disiparse la neblina matinal, entró airosa la nave almirante a Corral, enarbolando pabellón español en el mesana.

A estribor se perfilaba el Fuerte San Carlos, y la Punta del Piojo aparecía por la proa. El buque debía ya haber sido avistado desde el litoral y el inesperado silencio de las baterías parecía sonoro como un trueno. La “O’Higgins” disparó un tiro de saludo que fue contestado por el fuerte... ¡Significaba que lo consideraban de los suyos!

A continuación, Lord Cochrane izó señales, solicitando que le enviaran un práctico, puesto que desconocía completamente la conformación de la bahía y sus innumerables bajíos; con razón, mantuvo el buque bordejeando.

Los españoles no se hicieron de rogar, pues habían confundido la “O’Higgins” con su nave “La Prueba” —¡tan esperada!— y a la media hora se destacó un bote de la Ensenada de Amargos, tripulado ¡con una escolta de honor! compuesta por un oficial y cuatro hombres, los cuales, huelga decirlo, fueron hechos prisioneros apenas pusieron pie a bordo.

Bajo su sugerencia —que era una orden perentoria, apoyada con las armas de nuestros marineros— el práctico se vio obligado a guiarlos por los canales que conducían a los fuertes, durante una prolongada y prolija inspección; sus acompañantes, viendo perdida toda posibilidad de escaparse, le suministraron cuanta información necesitaba, agregando también la noticia de que se esperaba en Valdivia la llegada del bergantín “Potrillo”, portador de dinero para la guarnición, lo que no dejaba de ser una buena nueva, para los chilenos...

Frente a esta chanza, se atisba un chispazo de humorismo en el Almirante, cuando comenta: —“El comandante de éste, viéndonos tan ocupados en reconocer el canal, principió a sospechar de que nuestro objeto podría tal vez no ser del todo pacífico, confirmandole en estas sospechas la detención de su oficial. De repente, los diferentes fuertes rompieron un vivo fuego contra nosotros, al

que no replicamos, y como nuestro reconocimiento estaba ya hecho, nos pusimos fuera de su alcance”.

La “O’Higgins” abandonó el puerto sin premura, tan tranquila como entrara, dejando a los españoles sumamente desconcertados, como es de suponer. Su misión se había cumplido.

Toda la excursión duró dos días, y al tercero divisaron al “Potrillo” que, ingenuo y con el señuelo de la bandera española en la “O’Higgins”, se aproximó demasiado... Los chilenos armados saltaron a su bordo y se apoderaron del bergantín, sin esfuerzo ni violencia; éste traía 20 mil pesos —¡qué alivio!— y algunos despachos importantes, de los cuales también se incautaron.

Mr. Stevenson —el secretario del Almirante— cuenta que tuvo la alegría de encontrar en él a dos hijas de su buen amigo don Nicolás del Río (de Arauco). “Y así, al cabo de diez y siete años, me fue permitido devolver en parte las atenciones que recibí de su familia, cuando no era sino un pobre y desamparado prisionero”.

¡Hidalgos tiempos aquellos, cuando aún durante el combate no se descuidaba el aspecto social ni la gratitud!

Cochrane designó a su segundo, el Teniente Cobbett, como Comandante del “Potrillo”, con destino a Valparaíso. La operación se deslizaba hasta aquí sin el menor tropiezo.

Impulsada por el viento, la “O’Higgins” rompía el oleaje en dirección al Norte; y después de dos días y medio de navegación, fondeó en la bahía de Talcahuano. Encontró ahí anclados al bergantín “Intrépido”* al mando del Capitán Cáster y a la goleta “Moctezuma”, con don Guillermo Winter.

Lord Cochrane venía a proveerse de tropas, que le eran indispensables para realizar su proyecto, y tenía que conseguirse de alguna manera; pero los obstáculos no lo irritaban, sino por el contrario lo estimulaban.

Don Ramón Freire era el Gobernador Militar de la plaza y disponía de una

fuerza considerable para contener a las bandadas de indios que, azuzados por los españoles, asesinaban cruelmente a los desventurados patriotas indefensos. Este general recibió al Almirante con grandes agasajos y deferencia.

En esa ocasión, Lord Cochrane le solicitó el perdón de dos desertores condenados a muerte. El General Freire se lo concedió magnánimo, lleno de reconocimiento hacia el Almirante por los servicios prestados a Chile, diciendo que: “el favor que le hacía relevándolo de la necesidad de hacer ejecutar otra sentencia de muerte, era igual en la balanza de sus sentimientos al perdón”. Y agregó muchas expresiones encomiásticas.

También Mr. Stevenson obtuvo de él un permiso inmediato para que las señoritas del Río pudieran volver sin tardanza a su hogar.

Los dos jefes conferenciaron sobre el plan meditado para asaltar y tomar las fortalezas de Valdivia.

Lejos de catalogarlo como fantasía improbable, Freire solucionó el problema.

Lord Cochrane debe haber influido poderosamente —mediante ese indefinible poder magnético que caracteriza a los caudillos— sobre el ánimo de don Ramón Freire, avivando la llama del corsario aventurero que alentaba en él, puesto que también navegó en sus mocedades, ansioso de arrancar a los españoles el cetro del Pacífico. Lo cierto es que el general, a punto de embestir con todas sus fuerzas, le cedió doscientos cincuenta soldados selectos, desprendiéndose además de su mejor lugarteniente, el mayor Beauchef, única persona a quien enteraron del verdadero motivo para la salida proyectada.

Hijo de labriegos franceses, don Jorge Beauchef, con sus escasos treinta y seis años, ya era veterano de las campañas napoleónicas. Participó en las batallas de Austria, Prusia, Polonia y España, batiéndose en los campos de Ulm, Austerlitz, Jena Mohrungen y Friedland. Llegado a Chile, fue ocupado en la Academia Militar que acababa de fundar Bernardo O’Higgins. Pocos meses después, se le incorporó al Ejército de Ope-

(*) Comprado por el Gobierno de Chile en 1819

raciones en el Sur, ascendiendo a sargento. En el fallido asalto de Talcahuano (6 de Diciembre de 1817) iba a la cabeza de su columna, que marchaba a la vanguardia, cuando una bala le atravesó el pecho. Casi moribundo y con la herida gangrenada, fue llevado a la capital, transportándolo los soldados en sus propios brazos, debido a la alta consideración que le profesaban. Vivió por milagro, pues de una manera súbita y casi inexplicable se recuperó con los solícitos cuidados que le prodigó la dama chilena que fue su prometida. A mediados de 1818 tomó de nuevo las armas y como mayor de infantería participó en las contiendas dirigidas por Balcarce y Freire, ganando tal crédito en estas escaramuzas, que por su espléndida hoja de servicios se le designó para mandar las huestes en la Toma de Valdivia.

Anteponiendo el amor patrio a sus propios intereses —Freire, como otrora Blanco Encalada— hicieron realizable el quimérico sueño de Cochrane.

El Almirante reconoce: —“Era altamente loable por parte del general Freire el poner esas tropas a mis órdenes, tanto más cuanto que iban destinadas a hacer un servicio del que no podía redundarle ningún elogio, aún suponiendo que saliese bien, mientras que, si se malograba, le hubiera ciertamente acarreado gran censura”.

Y también el secretario lo alaba; —“Este jefe verdaderamente patriota aceptó inmediatamente la proposición y se comprometió a no comunicar el plan ni al Supremo Gobierno, hasta que se conociese el resultado. Es imposible no admirar esta generosa actitud de Freire: prestaba una parte de su ejército en víspera de ser atacado por Benavides y se exponía, debilitando su división, al desagrado de sus superiores, si no hubiese tenido buen éxito Lord Cochrane. La generosidad de Freire es digna de alabanza desde otro punto de vista: entregó una parte de sus fuerzas a otro jefe para que obtuviese un triunfo, en cuyas glorias no iba a participar, excepto como americano interesado en la gloriosa causa de la libertad de su país”.

El General y el Almirante estuvieron también de acuerdo en que esta empre-

sa equivalía a la insubordinación, por contravenir las expresas instrucciones del Gobierno; no ignoraban que exponían su porvenir, pues, de fracasar, les proporcionaría el castigo y la deshonor consiguientes. Por lo tanto, los preparativos se hicieron con rapidez y en el mayor secreto, esparciéndose la voz de que se trataba de atacar en Tucapel.

La “O’Higgins” zarpó de Talcahuano el 25 de enero de 1820 y se le unieron el bergantín “Intrépido” y la goleta “Moctezuma”.

Sólo entonces, ya en plena navegación, conocieron los embarcados su auténtico destino, y... esos guerreros de Chile recibieron el anuncio con vítores de jubilo entusiasmado. Nada se les ofreció, ni hubo promesa de remuneración alguna; pero se les daba una ocasión de sacrificarse en aras de la patria.

¡Héroes ignotos, valerosos anónimos de la Toma de Valdivia, que siempre vivirán en el corazón de Chile!

UN HECHO EXTRAORDINARIO

El 28 de enero, alrededor de las cuatro de la madrugada, se hallaba la “O’Higgins” frente a la Isla Quiriquina.

Reinaba una calma absoluta. El amanecer era tan brumoso, que no se veía a veinte pasos, cuando se produjo el accidente. La nave insignia estuvo a punto de zozobrar. Se varó irónicamente en una roca denominada Las Dormidas.

La “O’Higgins” tenía sólo dos oficiales, de los cuales uno era inepto y el otro estaba arrestado. Lord Cochrane, que no dejaba nada a la casualidad, pues vigilaba y controlaba hasta los más mínimos detalles, ocupándose personalmente de todo, se retiró agotado a descansar.

El Almirante dejó de guardia al Teniente Lawson, con orden de avisarle en seguida si se levantaba una ligera brisa u ocurría cualquiera eventualidad. Este encargado —irresponsable o rebelde— se fue a su camarote tan pronto Lord Cochrane desapareció de cubierta, delegando sus atribuciones en el guardiamarina George —inexperto y casi un niño— quien se quedó dormido en su puesto.

Lord Cochrane expresa: —“...un viento repentino cogió al buque despre-

venido, y el guardiamarina, en sus esfuerzos por hacerlo virar, lo encalló sobre la punta escarpada de una roca, en donde quedó golpeando, medio suspendido de la quilla, de modo que si la marejada se hubiese acrecentado, se habría inevitablemente hecho añicos".

El sacudón atrajo inmediatamente al Almirante. Vio con consternación los fragmentos de la falsa quilla y grandes trozos del forro flotando alrededor del barco.

Estaban a cuarenta millas del continente; el bergantín y la goleta no se apercebían; el casco roto se inundaba; no había suficientes botes para acomodar a seiscientos hombres, y aquellos que consiguieran llegar a las costas de Arauco, sólo encontrarían allí las torturas y la muerte inevitable, porque los indios acaudillados por Benavides fajaban a los patriotas chilenos en los cueros de las reses desolladas y los exponían al sol, de modo que al secarse esas pieles, producían una lenta y desesperante asfixia; o bien les cortaban la lengua, mutilándolos con refinada crueldad, lo que servía como diversión a ese monstruo despiadado.

La situación era horrenda y la empresa parecía predestinada al desastre, aún antes de comenzada.

Cundió la alarma entre el personal, frente a la vía de agua que aumentaba por momentos. El pánico y la desmoralización invadieron a los tripulantes, pero el Almirante no perdió la calma en esta crisis. Aunque captó de inmediato la inmensa fatalidad que se cernía sobre ellos, aquilatando en toda su extensión aquella "lucha a muerte por salvar la vida". Siendo inteligente —y más precisamente a causa de ello— parece lógico y normal suponer que se atemorizó, pero —y ahí reside la esencia misma del valor— supo sobreponerse, para inculcar a sus subalterno la serenidad y confianza indispensables.

Sin subestimar el gravísimo percance, los retuvo con razonamientos y apelando al buen sentido de su gente.

Mandó echar la sonda, y se le respondió: —"Cinco pies de agua en la sentina".

La bomba no funcionaba y el carpintero incapaz, no atinaba a componerla. Entonces Lord Cochrane, que jamás exigió de nadie algo que él mismo no estuviera dispuesto a ejecutar, sacándose la casaca le arrebató las herramientas de las manos y se entregó en persona a la tarea de repararla, infundiéndoles ánimo con su ejemplo.

Reaccionaron, ante este inusitado espectáculo y no les quedó más que tragarse sus angustias. Venciendo la inercia, se dedicaron a botar el agua con baldes a fuerzas de brazos, disimulando la aprensión que los embargaba; porque el mejor paliativo contra la congoja mental es el trabajo físico ¡y bien lo sabía la psicología de Cochrane!

Media hora después, se le anunció que no disminuía el agua.

—"Bien —dijo el Almirante— pero ¿no aumenta?"

—"No" —fue la respuesta.

—"El buque puede flotar hasta Corral" —certificó Lord Cochrane.

Los oficiales se opusieron y pretendían averiguar el tamaño del boquete, antes de zafarlo; en esto, Cochrane se mostró irreductible; no cabía retroceder y ¿qué ganarían con asustarse más, si la cosa no tenía remedio? Ordenó levar el anclote, efectuando una maniobra adecuada para reflotar el barco. La "O'Higgins" se desprendió del escollo, obedeciendo a la intención del experto navegante.

En su lugar, cualquiera hubiera optado prudentemente por renunciar a la Toma de Valdivia; pero él estaba empeinado en alcanzar allá, derrotar a los españoles como se había propuesto y ahí, reparar su barco con comodidad. Así lo dispuso y hasta Corral navegó, medio hundiéndose; mientras todos los hombres —y el Almirante a la cabeza— achicaban día y noche.

Se había empapado el almacén de pólvora y todas las municiones quedaron inutilizadas, exceptuando las pocas que estaban sobre el puente y en las cartucheras de los soldados; pero Lord Cochrane tomó este contratiempo como un buen presagio, pues se verían en la necesidad de emplear la bayoneta, y el

terror que ésta les inspiraba a los españoles, sería su mejor aliado.

En ello estuvo muy de acuerdo Beau-chef, cuyos soldados sobresalían en el uso de esta arma. Entre ellos, se contaba aquel famoso Sargento Rojas. Con justicia le llamó la atención a Lord Cochrane tanta "distinguida valentía"; lo cita en los despachos de Valdivia, "encomiándolo altamente" y le dedica asimismo un párrafo de sus Memorias. Este esforzado muchacho de nobles iniciativas, prototipo del chileno, se desempeñaba él solo como una compañía entera.

La Escuadra se reunió el 2 de febrero al sur de Punta Galera y allí, con mar gruesa, porque era imprescindible aligerar la "O'Higgins", las tropas y marinos fueron transbordados al "Intrépido" y al "Moctezuma".

Los botes, desbordantes de carga humana, se elevaban y descendían, cabalgando las olas montañosas. El Mayor Miller saltó también con los otros, pero enredado en la mesa de guarnición de la "Moctezuma", quedó colgando sobre el abismo marino expuesto a que la chalupa lo triturara, al subir de nuevo en la cresta del oleaje. Se sostuvo ahí aferrado con su única mano hábil y sufriendo el tormento provocado por las recientes heridas, mientras su voluntad lo mantuvo. Con ojo avizor, Cochrane apreció la patética alternativa del inválido; de un brinco se puso a su vera y, afirmándose en un obenque, cogió a Miller por la chaqueta y lo levantó con un certero tirón, poniéndolo a salvo.

Lord Cochrane izó su bandera en la "Moctezuma". Le sentaba a maravilla el clima de Valdivia, parecido al de su lejana Escocia y lo consumía la impaciencia por atacar sorpresivamente esa misma noche, pero prevaleció su buen criterio y recapacitó —añorando los buques a vapor— porque sobrevino una calma repentina que entorpecería la maniobrabilidad de los veleros.

No parece exagerado establecer un parangón entre Lord Cochrane y Ulises, pues ambos hicieron gala de un temperamento ingenioso y moderno —adelantado a su época— que los instaba por interesarse y ocuparse de muchas diversas actividades ajenas a su esfera. Al

igual que el legendario rey de Itaca, su entereza no se abatía ante los reveses. Fue nauta intrépido y astuto; poseía en alto grado el don de mando, imponiéndose mediante ese misterioso poder como conductor de hombres, siendo capaz de arrastrarlos a la epopeya, defendiéndolos además de innecesarios peligros.

Se acercaba el desenlace del drama. Pronto se enfrentarían 1.800 realistas —en terreno propio— contra 300 patriotas, que habían de emular a los semidioses cantados por Homero.

No todas las fortalezas de Valdivia pueden propiamente denominarse castillos, auténticas ciudadelas, que tenían: Iglesia, hornos, polvorines, subterráneos y cuarteles; de ellos, el principal era Mancera, formidable construcción con foso y puente levadizo. El soberbio Amargos, que disparaba desde el mar hacia el interior de la bahía, refaccionado en 1770, recibió el agregado de todas las innovaciones bélicas de aquel tiempo. El titánico Corral, cuyas once piezas de artillería barrían el puerto, concentrando también la mayor resistencia, por encontrarse ahí la sede del Estado Mayor y el Comandante General de la plaza. Y Niebla, imponente reducto, cuyos disparos coincidían con los de Corral y Amargos.

Las baterías del Morro Gonzalo y el Fuerte Inglés, hacia afuera, tenían por objeto precaverse de desembarcos; el Bolsón y la Argolla protegían el puerto propiamente tal. El Fuerte de San Carlos, construido en 1762 en la isleta del Morrito, quedaba unido al continente, defendiendo un núcleo básico del conjunto de las fortalezas y estaba destinado a apuntar sobre la arboladura de los buques, por hallarse en la ruta obligada hasta el fondeadero.

Lord Cochrane nos muestra escuetamente la perspectiva; —"Las fortificaciones de Valdivia están situadas a los dos lados de un canal; su ancho es de tres cuartos de milla y dominan la entrada del surgidero y del río que conduce a la población, cruzando su fuego en todas direcciones de un modo tan efectivo que, con alguna cautela por parte de la guarnición, ningún buque podría entrar sin ser muy maltratado, mien-

tras que al áncora su exposición es igual. Los principales fuertes de la ribera occidental están situados en el orden siguiente: el Inglés, San Carlos, Amargos, Chocamayo Alto y Castillo del Corral. Los del lado oriental son Niebla, frente por frente del Amargo y Piojo; en tanto que la isla de Mancera es un fortificado castillo, montado con piezas de gran calibre, dominando toda la extensión de la entrada del canal. Estos fuertes, con algunos otros, eran quince, y en manos de una guarnición experta hacían casi inexpugnable la plaza, siendo poco menos que inaccesibles las riberas sobre las que están contruidos, a causa de la resaca, a excepción de un pequeño desembarcadero en la Aguada de los Ingleses".

Este nombre suena como premonición, pues la habían bautizado así mucho antes de la llegada de Lord Cochrane; y su instinto de estrategia le reveló el vulnerable talón de Aquiles en esa ingeniosa organización defensiva, aparentemente indestructible. Se lo señaló a Beauchef, para que estableciera allí una cabeza de playa. El duro rostro de este ostentoso despliegue armamentista era opresivo; pero los atacantes se hallaban presas de un intoxicante estado de exaltación y, ya lanzados, nada los detendría.

"¡Despejar la cubierta para la acción!"—rugió Cochrane, en ese deplorable castellano, que ya todos habían aprendido a interpretar.

Según sus indicaciones, los botes de desembarco se amarraron a sotavento de los buques, quedando así invisibles desde los fuertes, con su dotación y listos para ser arriados. Dado el escaso entrenamiento y lo poco a menudo de la tripulación, todo ello se efectuó con sorprendente precisión y celeridad.

Las tropas permanecieron ocultas bajo cubierta.

Hacinados en el entrepuente, tensos en el suspenso de la expectativa, esos hombres afectaban indiferencia. Contando los minutos interminables, hechos de instantes eternos, se afirmaban en las armas que oprimían con dedos crispados y sus labios resecos musitaban una plegería inaudible. Recordaban a alguna

mujer... la que les diera el ser, o aquella que esperaba anhelante su retorno.

De acuerdo con la tradición naval, se les repartió "la chica", pequeña ración de licor, para reconfortarlos.

El velero se balanceaba y rechinaban las cuadernas en su avance inexorable, acercándolos a la gloria, mientras ellos—mudos—ocupados con sus propios pensamientos, mordidos por la incertidumbre, esperaban que sonara la hora decisiva.

Enarbolando el pabellón español, la "Moctezuma" se dirigió hacia el desembarcadero antes aludido, llegando el bergantín y la goleta a las proximidades del Fuerte Inglés, no lejos de San Carlos, por la tarde del 3 de febrero, con una mar de leva que hizo impracticable el desembarco inmediato.

—"Nos aguantaremos al paio"—dijo Cochrane.

A través del catalejo, observó de nuevo las sinuosidades de esa costa protegida por los fuertes que en cualquier instante podían reducir sus buques a astillas, antes que lograran virar por avance, ceñir contra el viento y distanciarse.

El Almirante comunicó sus disposiciones al Mayor Beauchef:

—"Desembarcaremos en dos botes, con cuarenta y cinco hombres cada uno. Yo tomaré el esquite".

La "Moctezuma" se deslizaba apenas, paralela al litoral, con el objeto de ganar tiempo hasta la puesta de sol, en ese prolongado atardecer de verano. ¿Presentiría la guarnición que los chilenos tendrían la osadía para meterse de cabeza en esa trampa mortal?... Para despejar la incógnita, por medio de señales, entablaron el siguiente diálogo con los de tierra:

—"Envíen práctico".

Del fuerte al buque:—"Manden un bote".

La "Moctezuma" pretextó:—"No tenemos. Perdimos las embarcaciones en el Cabo de Hornos".

¿Daría resultado también esta vez el mismo subterfugio?

Los españoles dudaron. Después de

su anterior experiencia estaban sobre alerta y comenzaron a reunir tropas en el desembarcadero, disparando cañonazos de alarma, para prevenir a los fuertes vecinos.

Inoportunamente, se zafó por la popa uno de los botes escondidos y desbarató la bien urdida trama, quedando a la vista del enemigo...

Los cañones del Fuerte Inglés abrieron fuego de inmediato y la primera bala atravesó los costados del "Intrépido", matando a dos hombres. Otra salva cayó larga.

—¡Al agua las embarcaciones!"— se oyó la orden.

Resonó como clarinada de ataque. Y estalló avasalladora la hostilidad largamente contenida.

—¡Gobernar lejos de las baterías...!"— alcanzó a encarecer Cochrane a los barcos, antes de saltar dentro de la canoa.

A pesar del oleaje tempestuoso, el mayor Miller se embarcó con cuarenta y cuatro infantes de marina en una de las dos lanchas de que disponía el "Intrépido".

Bogaban bajo el fuego graneado de los defensores apostados en la costa y cayó herido el patrón del bote, timonel Thompson. Miller empuñó el timón y una bala rasante le arrancó el sombrero, rozándole la cabeza; sin inmutarse, ordenó disparar las escasas municiones que conservaban, a una reducida vanguardia formada por seis entre sus mejores tiradores, proporcionándole así al resto de la dotación una oportunidad para desembarcar y rechazar al enemigo con bayoneta calada.

Pronto los alcanzó la otra lancha con el Mayor Beauchef.

En macabra regata, zarandeados por las agitadas olas y expuestos al embate de sus adversarios, los botes iban y volvían de los barcos a la ribera, trayendo refuerzos; y en menos de una hora, trescientos patriotas conquistaron un punto de apoyo y se hicieron firmes en él, ganando terreno palmo a palmo con impetuosa arremetida, hasta que los españoles se retiraron al fuerte, permaneciendo ahí acorralados.

Bajo una granizada de balas, Lord Cochrane recorría impertérrito la orilla en el frágil esquife, desde donde dirigía el avance mediante un portavoz. Su acento sobresalía por encima del ronco tronar de los cañones y el incesante crepitar de la artillería, para alentarlos en la acción, resultando él ileso al término de la jornada.

Tenían aún pendiente la parte más ardua del programa: capturar los castillos, para desalojar de ahí a los opositores.

El único modo de aproximarse al Fuerte Inglés era siguiendo una huella resbaladiza que bordeaba el precipicio; abajo se estrellaban las olas contra el acantilado. Eran fácil blanco para las balas, y avanzaron cautos, en fila india. Una vez cumplido el peligroso recorrido, contaban trepar por una escalera de mano, antes adosada a la pared; pero los enemigos la habían retirado prontamente, cuando se encerraron en el bastión, derrotados por el Mayor Miller. Profiriendo una blasfemia, golpearon iracundos con los puños aquel muro infranqueable que se les interponía.

Anochece, y se replegaron a esperar la penumbra nocturna.

Entretanto, los españoles deliberaban, en una atmósfera cargada de indecisión y nerviosismo. La disciplina se había relajado un tanto en la guarnición, impaga desde bastante tiempo y también el tedio socavó su moral. Algunos fingían no concederle mayor importancia a ese puñado de intrusos encaramados en los riscos; otros se imaginaban a los invasores exterminados, puesto que no se notaban indicios de su presencia; a los voluntarios, que proponían organizar una salida para escarmentarlos, se les respondía con falaz necesidad, que ya darían buena cuenta de los posibles emboscados, pero a la luz matinal.

Se adelantó en las tinieblas un reducido grupo de patriotas, guiados por un español cogido prisionero aquella vez de la primera incursión en aguas de Corral. ¿Llegó éste a simpatizar, y se plegó a la causa chilena? Podía haberlos delatado inevitablemente y con suma naturalidad; bastaba una señal cualquiera para acabar con sus captores, pero

también él se jugaba la propia salvación... Como fuera, el individuo conocía al dedillo la intrincada topografía del terreno, lleno de vericuetos y despeñaderos, así como las costumbres de sus ocupantes, porque los condujo caminando en silencio, sin que se toparan con ningún opositor, hasta encontrar una posición favorable.

Entonces, de pronto se presentó el grueso de las fuerzas de Beauchef y Miller, prorrumpiendo en gran algarabía y formando un pandemonio indescriptible para hostigar al enemigo, que disparaba frenético andanadas de fusilería, sin conseguir apuntarles en la obscuridad.

Francisco Vidal era un jovencito peruano —que llegó a ser Presidente de su país— pero durante la toma de Valdivia servía en el Ejército Chileno como abanderado; se acercó al costado del fuerte por la parte de tierra y arrancó unas palizadas, afanosamente ayudado por algunos compañeros. Sin provocar ruido, para no alarmar a la guarnición, construyeron un burdo puente sobre el foso, lo atravesaron callados y se instalaron bajo unos árboles, disimulándose en la sombra más densa.

Los españoles no escucharon el más leve rumor, pues se hallaban distraídos por el estruendoso alboroto de los patriotas apostados en dirección opuesta, los cuales proferían alaridos escalofriantes.

De repente, partió una descarga desde el grupo de Vidal. Fue el comienzo del fin, produjo pánico entre los realistas, quienes se lanzaron de estampía hacia el exterior, creyéndose irremisiblemente cercados y atrapados por un enorme contingente armado; ni siquiera alcanzaron a clavar los cañones. Contagiaron su espanto a una columna de los suyos —trescientos soldados que estaban formados detrás del fuerte— y todos juntos intentaron huir, pero las huestes de Beauchef y Miller los rodearon... Y más estragos causa el miedo que la realidad del peligro.

Impotentes ante el arrollador avance de los chilenos, que cargaban enardecidos, abriéndose cancha a bayonetazos, los españoles corrieron

despavoridos hacia el refugio de otros fuertes, para guarecerse en ellos. Los patriotas los perseguían, imbatibles y encarnizados, acribillándolos con la temida arma blanca; clavaban la bayoneta hasta el pomo y la arrancaban del cuerpo convulsionado, haciéndose palanca con una rodilla. Caía uno, otro, y otro más... Los chilenos irrumpían en los castillos, adelantándose al enemigo y lo acosaban, con fiera incontenible, provocando la hecatombe en sus filas.

Sobrevino una desenfadada y tumultuosa carrera, que sobrepasaba a la de los propios españoles; el Mayor Miller no podía ya participar en ella. Debilitado y exhausto, le flaqueaban las piernas y se arrastraba penosamente a trasabillones. Sus soldados se percataron de ello, y tomándolo en vilo cargaron con su jefe —que era para ellos el símbolo viviente de un estandarte— llevándolo siempre adelante en su órbita, hacia esa victoria que él debía presenciar.

Lord Cochrane en persona se vio amagado, porque los soldados ya no medían las consecuencias de sus actos.

La noche se pobló de voces, gritos, imprecaciones y gemidos. El aire olía a cieno, pólvora y sangre. Los fogonazos rasgaban la obscuridad, destellando sobre el afilado acero de las bayonetas desnudas.

El choque metálico de las armas se confundía con el fragor de los estampidos, el entrecortado jadear de los combatientes y las pisadas veloces de los españoles que escapaban de esa horrosa pesadilla, en dirección al mar y los cercanos bosques.

Pero no había salvación para ellos, a pesar de su abismante superioridad numérica.

El fuerte de Chorocamayo fue abandonado por los doscientos que lo resguardaban. El Castillo de Corral, pronto cedió también, bajo el asalto de los patriotas que, en el ardor de la refriega, causaron más de cien muertos y se apoderaron de otros tantos prisioneros.

Era el desastre, y automáticamente cesó toda resistencia en tierra firme.

Los chilenos perdieron siete soldados y tuvieron diecinueve heridos en total.

Todavía hoy el lector se pregunta anodado y perplejo: —“¿Es posible, que todo esto sucediera realmente?”

Lord Cochrane explica: —“Los españoles, sin duda alguna, habían considerado inatacable su posición, lo que, considerando lo dificultoso de su acceso y casi natural impenetrabilidad debía haberlo sido, si se hubieran defendido como era debido. Conocieron su error cuando ya era demasiado tarde, verificándose así mi precedente afirmación a los oficiales militares, de que un ataque sobre el punto que menos se espera, es casi siempre coronado por el éxito. Mucho menos esperaban los españoles un ataque de noche, el más favorable de todos para el embiste, por requerir unidad de acción, y el menos ventajoso para la parte acometida, porque infunde dudas y pánico que casi siempre concluyen en irresolución y derrota”. (*)

Apuntaba la aurora, y Cochrane era dueño de la zona occidental.

Entre los prisioneros se contaba don Fausto del Hoyo, Coronel del Batallón Cantabria, oficial culto y fino, pero sin ascendiente sobre sus subalternos. Lord Cochrane —a quien los españoles apodaron El Diablo— sostenía que “los espíritus sanguinarios son siempre cobardes” y “la grandeza nacional no exige crueldades para con los prisioneros”; así pues, con el andar del tiempo, ese caballero se volvió amigo suyo y hasta lo

recibió como huésped en su hogar de Valparaíso.

La contienda continuaba en el mar.

El “Intrépido” y la “Moctezuma”, que habían quedado en la Aguada Inglesa, entraron al puerto el día 4, bajo cañoneo del Castillo de Niebla, de la ribera oriental. Sin menoscabarse por ello, anclaron en Corral y ahí embarcaron a doscientos hombres, para atacar los baluartes de Niebla, Carbonero y Piojo.

La “O’Higgins”, con sus bodegas llenas de agua, también se asomó, haciendo acto de presencia cerca de la boca del puerto. Ese fue el golpe de gracia para la debilitada resistencia hispana. Imaginaron que la nave se aprestaba a bombardear, y como ya no contaban con el apoyo de los fuertes occidentales, que fueran sometidos sin la ayuda de los buques, dejaron también los de oriente entregados a los conquistadores, quienes se apoderaron además de la batería de Mancera, ubicada en la isla del mismo nombre.

Enmudecieron los potentes cañones.

Cuenta Mr. Stevenson: —“Quince horas después del desembarco estábamos en posesión de los puestos avanzados, la Aguada del Inglés, el Piojo, la Boca y la Playa Blanca; de las baterías de San Carlos, Amargos, Chorocamayo alto y bajo, Mancera y Niebla, y del Castillo de Corral, fortalezas que en conjunto montaban 128 piezas de artillería”.

La mayoría de los fuertes no alcanzaron a disparar. Ni siquiera tomaron parte en este evento de apoteóticos resultados.

Como la pedrada —que rompe un plácido espejo líquido y cuyas ondas se acrecientan en círculos concéntricos, hasta alcanzar la orilla opuesta— así la Toma de Valdivia habría de repercutir en Europa.

La bandera chilena flameaba en el puerto.

Averiado y maltrecho por las balas que habían perforado su casco, el “Intrépido” cruzó precipitadamente el puerto en pos de los fugitivos, que huían a la desbandada, pero descuidó echar la son-

(*) Se desprende que la balanza de la guerra, la inclinan los hombres y no el armamento. Durante el conflicto europeo (1939-1945), Francia se sentía muy segura, parapetada detrás de la Línea Maginot, que en definitiva, resultó una encerrona para los mismos franceses. Con la Toma de Valdivia, Cochrane se reveló precursor del desembarco aliado en Normandía, que decidió la suerte de Alemania; efectuado también por sorpresa, cuando el enemigo se descuidó, convencido de que sus eficientes casamatas podían repeler cualquier ataque proveniente del mar y que nadie se atrevería siquiera a tratar de abrir una brecha por esa costa. Y otra conclusión: de nada vale cercar un territorio y bombardearlo a distancia, hasta borrarlo del mapa; para adueñarse de él, es preciso estar ahí. En la continua batalla de la existencia, cada uno de nosotros es un emblema, apropiado al credo que sustentamos.

da y se varó contra un banco de arena. La fuerte resaca terminó con él y naufragó el 10 de febrero.

La "O'Higgins no estaba en mejores condiciones para seguir, y la encallaron a propósito en el légamo, evitando con eso que se fuera a pique en mayor fondo.

¡Sólo Cochrane sabía cuánto le dolió dejar así su nave almirante!

Los buques captan y se impregnan con el alma de sus tripulaciones, por eso los hay: malditos, lúgubres o anodinos. La "O'Higgins" —antigua "María Isabel", arrebatada por Blanco Encalada— aún no terminaba su gloriosa carrera. Le quedaban todavía célebres hazañas por cumplir; hasta el día aciago en que —vendida— se suicidaría en el proceloso Cabo de Hornos, para no alejarse nunca de nuestro mar.

No era el momento para sentimentalismos. Quedaba la pequeña goleta "Moctezuma", y en ella continuó Lord Cochrane a la demanda de Valdivia.

Salió a su encuentro don Martín Plaza de los Reyes, como delegado parlamentario, para informarle que la guarnición, al tener noticias del aniquilamiento de los fuertes, se había ensañado en Valdivia, entregándose al más despiadado saqueo del comercio y casas particulares, mientras el Gobernador Montoya —amatonado y fanfarrón— se fugaba a Chiloé.

Así cayó el Gibraltar de Sudamérica.

PROYECCIONES

Valdivia —delirante— le tributó a su libertador una recepción conmovedora.

Después de tomar todas las medidas necesarias para la seguridad del puerto, la primera preocupación de Lord Cochrane al entrar como triunfador en Valdivia, fue la de limpiar la ciudad de saqueadores, prevenir los desmanes y restablecer el orden, reprimiendo los abusos.

Emitió bandos, invitando a los moradores a reasumir sus actividades normales; puso a Beauchef en la Gobernación Militar, con tropas de Talcahuano, y anunció a los habitantes que quedaban en libertad para elegir un Gobernador Civil provisional. El encargado de reci-

bir los sufragios fue el secretario del Almirante, y la elección popular recayó en don Vicente Gómez Lorca, quien, como Gobernador Interino, juró la Independencia frente a los notables y —siendo persona correcta— hizo cuanto pudo, con el respaldo de sus conciudadanos.

El botín era fabuloso.

Excluyendo el valor material de los fuertes y edificios públicos, por ser Valdivia el depósito militar general de la parte Sur del continente, se hallaron en sus almacenes más de 1.000 quintales de pólvora; 10.000 balas de cañón, de las cuales 2.500 eran de bronce; 170.000 cartuchos de fusil; gran cantidad de armas portátiles; 128 cañones, 53 de ellos en bronce fundido y el resto de hierro; vestuario, tiendas de campaña, 1.000 catres con sus camas completas, equipo de cirugía e infinidad de pertrechos varios.

En el puerto había anclado un buque —la "Dolores"— barca de carga evaluada en 20.000 pesos, que fue tripulada por los marineros del hundido "Intrépido". Sus bodegas contenían plata labrada por valor de 16.000 pesos y otro tanto en mercaderías surtidas.

Esta enumeración resulta insignificante, comparada con las ventajas políticas que obtuvo la República. Lord Cochrane las resume: —"La anexión de esta provincia granjeó de un golpe a Chile completa independencia, alejando la presunta necesidad que habría de preparar una fuerte expedición militar para el logro de aquel objeto, esencialmente vital a su propia existencia como Estado independiente; porque mientras permaneciese Valdivia en poder de los españoles, estaba Chile, en sus momentos de poca cautela o desunión, en continuo peligro de perder las libertades, que hasta entonces sólo había adquirido parcialmente.

"Los recursos de la provincia de Valdivia, juntamente con los de Concepción, habían sido los elementos con que mantuvieron los españoles su dominio del territorio chileno. Y no solamente se les había privado de esos recursos, ahora añadidos a los de Chile, sino que también se efectuó una grande economía con

exonerar a la República de la necesidad de mantener una fuerza militar en las provincias del Sur para tener a raya a los españoles, lo mismo que a los indios, a quienes en los momentos que se conquistaba Valdivia se les dejaba ir sueltos en todas las direcciones contra los patriotas chilenos".

Se consolidó la Independencia, que no le significó al país ningún desembolso adicional; por el contrario, la garantía de esta imponderable conquista, hizo posible contratar en Inglaterra el empréstito por un millón de libras que había sido siempre denegado antes. El Gobierno además, para desembarazarse de los españoles, necesitaba oponerles permanentemente el ejército entero, lo que hubiera impedido a la larga cooperar efectivamente en la emancipación de Perú.

El pueblo de Chile recibió la noticia con ovaciones y transportes de ilimitada euforia; el eco de la hazaña se difundió por todos los ámbitos de América Latina.

La Toma de Valdivia es una de aquellas gestas que se nombran para exaltar moralmente a las tropas, incitándolas a superarse por encima del heroísmo y más allá del deber, como lo prueba esta vibrante proclama de Lord Cochrane frente al puerto de El Callao:

"¡Soldados y marineros!

Esta noche vamos a dar un golpe mortal al enemigo, y mañana os presentaréis con orgullo delante de El Callao; todos vuestros camaradas envidiarán vuestra buena suerte. Una hora de coraje y de resolución es cuanto se quiere de vosotros para triunfar. Recordad que habéis vencido en Valdivia, y no os atemoriceis de aquellos que un día huyeron delante de vosotros.

El valor de todos los bajeles que se cogerán en El Callao os pertenecerá; se os dará la misma recompensa que los españoles ofrecieron en Lima a los que capturasen cualquiera de los buques de la Escuadra Chilena. El momento de gloria se acerca y espero "que los chilenos se batirán como tienen por costumbre", y que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su país y fuera de él.

Cochrane".

La Toma de Valdivia marcó el ocaso del siglo XVIII, en el cual aún se hallaba sumida aquella ciudad en pleno 1820.

Durante trescientos años, el coraje íbero emigró a las tierras ubérrimas de América, ora envuelto en los míseros harapos de un mendigo, ora protegido por la cota de malla de algún bizarro capitán, para descubrir y civilizar un hemisferio. Por más de dos centurias, mientras el oro de los incas y los aztecas viajaba a España, ésta yacía en la fantástica litora de oro que le brindaba América. Aguardando al galeón que exime del trabajo, los amodorrados hijos del Cid extraviaron el impulso heroico que generó su poderío. Y al despertar de su letargo, intentaron vanamente nutrirse del pasado, supliendo con inútil arrogancia el inmenso potencial perdido durante su prolongado sueño de grandeza.

Los españoles no volvieron a ocupar Valdivia.

Se inició para Valdivia otra nueva vida y —como todos los comienzos— fue difícil. Habituada a los cuidados de aquellos mismos que mermaron su personalidad, le faltaba experiencia. Como un niño recién nacido, balbuceaba, sollozaba y dormía...

Desvalida y sola, en la batalla diaria por sobrevivir, se debatía frente al peso de responsabilidades, para las cuales no se hallaba preparada, y que le tocó asumir.

Tenía que Ser, y no más Dejar Hacer; debía superar la etapa del crecimiento, integrándose a la sociedad que la rodeaba; desenvolverse y tomar conciencia de su autonomía; adquirir y manifestar su íntima expresión; salir de las limitaciones, para participar activamente en la evolución y el porvenir del país.

Repentinamente trasladada a un ambiente extraño, en su afán por aclimatarse, alcanzaba hasta la tragedia.

Pero Valdivia no quedaría desamparada. Cochrane prendió en su cielo la estrella de Chile, que alumbraría el camino para la colonización encomendada a Vicente Pérez Rosales.

La hermosa ciudad, con su fértil campiña y el heráldico río de plata que "es

en todo tan aventajado que se puede contar entre los mejores que en el mundo se sabe", (*) ya no sería una aterroradora fortaleza; y los castillos se convertirían en un elemento decorativo más de ese cuadro maravilloso. Sus avatares la tornarían en Tierra Prometida para hombres de buena voluntad, ansiosos de paz.

Visionario y patriota, fray Camilo Henríquez en su obra para teatro: "Camilia", había hecho hablar así a uno de los intérpretes: "Si la América no olvida las preocupaciones españolas y no adopta más liberales principios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y obscura como la España europea. Para remediar la lastimosa despoblación de la América y su atraso en las artes y la agricultura, es necesario llamar extranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y paternales".

Y Pérez Rosales agrega: —"Era pues la inmigración a Valdivia la benigna visita que le hacían las luces, las artes y las riquezas materiales, para sacarla de la postración en que se hallaba".

El 13 de noviembre de 1850 llegó a Corral el barco "Hermann" procedente de Alemania, con noventa y cinco per-

sonas a bordo; el jefe de este grupo —don Carlos Andwanter— pronunció las excelsas palabras: —"Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más; defenderemos nuestro país adoptivo uniéndonos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, contra toda opresión extranjera y con la firme decisión y firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses. Nunca tendrá el país que nos adopta por hijos, motivos para arrepentirse de su proceder ilustrado, humano y generoso..."

Y esa promesa se ha cumplido.

B I B L I O G R A F I A :

GABRIEL GUARDA O. B. S.—Un Río y una Ciudad de Plata. Itinerario Histórico de Valdivia.

ENRIQUE BUNSTER.—Lord Cochrane.

JULIO PEREZ CANTO.—Lord Cochrane en Chile (Según las Memorias de su secretario privado Mr. Williams Bennet Stevenson).

VICENTE PEREZ ROSALES.—Recuerdos del Pasado.

JOSE BERNARDO SUARES.—Biografías de hombres notables de Chile.

BENJAMIN SUBERCASSEAU.—Tierra de Océano.

ENCICLOPEDIA BRITANICA

MAPA.—Tomado de la "Historia Naval de Chile" (Apuntes y Recopilaciones) por Luis Novoa de la Fuente, ex profesor de la Escuela Naval.

(*) Mariño de Lobera.

